

# Las tres fuerzas cristianas que forjarán la liberación de nuestro pueblo

Trigesimosegundo domingo del Tiempo Ordinario  
11 de noviembre de 1979

1 Reyes 17, 10-16  
Hebreos 9, 24-28  
Marcos 12, 38-44

La palabra de Dios, queridos hermanos, está siendo retada por la historia; así es siempre y si nosotros, los cristianos, logramos encarnarla y hacerla nuestra vida, ese reto de la historia tendrá la respuesta de la palabra de Dios en nuestra propia vida. Por eso, les invito a que nuestra reflexión la hagamos con sincero deseo de que esa palabra de Dios se encarne profundamente en nuestra vida, no solo individual sino comunitaria; de tal manera que El Salvador pueda tener, en esta hora de crisis, de esperanzas, de aflicciones, un pueblo de Dios que es toda una esperanza y luz para nuestra propia historia. En Puebla se dijo esta hermosa definición de la Iglesia: “La Iglesia, escuela de forjadores de historia”.

¡Qué hermoso fuera que todos nosotros fuéramos forjadores de nuestra propia historia! La Iglesia, que, para muchos que solo tienen criterios políticos y coyunturales, como que se opaca, como que no es oportuna en ciertas ocasiones, la Iglesia flota sobre todas las vicisitudes y sobre todas las coyunturas porque es una escuela que forja hombres para la historia y tiene una palabra para cada momento y una actitud de comunidad, como

pueblo de Dios, de acuerdo con el momento y la geografía donde vive y pasa ese pueblo de Dios. Para mí, queridos hermanos, no hay satisfacción más profunda que esta convicción que yo trato de comunicarles a ustedes y de hacerla más honda en mí: que en la medida en que seamos Iglesia, es decir, cristianos verdaderos, encarnadores del Evangelio, en esa medida seremos el ciudadano oportuno, el salvadoreño que se necesita en esta hora. Si nos alejamos de esta inspiración de la palabra de Dios, podemos ser hombres de coyunturas, oportunistas políticos; pero no seremos el cristiano que siempre es un forjador de la historia.

P 275

En estos momentos —dice Puebla—, cuando hay crisis en los pueblos, hay dos actitudes extremas: la de los “pasivistas” y la de los “activistas”. Los pasivistas, que lo esperan todo como que viene de Dios, rezan mucho, pero callan y no actúan. Los activistas, al revés, piensan que Dios está muy lejos y que la historia la hacen solo los hombres, y así toman posturas de momento, de oportunidad, y se creen capaces de juzgar a todos los demás cuando no piensan como ellos; ellos, los activistas, son los artífices de la historia. Ni unos ni otros tienen razón. La actitud verdadera la enseñó Dios a su pueblo. Israel es el pueblo que Dios prepara para ser ejemplo de todas las historias de los pueblos.

¿Qué hace Israel en las coyunturas de su historia? Primero, encuentra a Dios en su historia y, segundo, siente que hay una alianza entre el Dios de la historia y él, el hombre, el israelita artífice de su historia. Y entre los dos, Dios y el hombre, porque han hecho una alianza de liberación, liberan al pueblo siempre. Nunca solo el hombre. Nunca solo Dios. Dios y el hombre van haciendo la historia. La mejor flor de esa pedagogía es Cristo.

Lc 12,7.27

Y por eso, cuando el divino Maestro, que es el patriota modelo también, nos enseña en su Evangelio la palabra que nos hace hombres actuales en todo momento —los cristianos—, nos ha dejado una mística, que yo quisiera que fuera la mística de cada uno de nosotros. Cristo tiene una confianza total en el Padre y la aconseja: “¿No ven los lirios del campo, no ven los pajaritos del cielo cómo los cuida mi Padre? No cae una hoja del árbol, no cae un pelo de la cabeza sin el permiso de mi Padre”. ¡Qué confianza absoluta del Señor! Pero no es un pasivista; es el hombre que siente con su Padre la corresponsabilidad de la historia y se compromete con la historia y se encarna con los

pobres de su pueblo y vive su historia y trata de sintonizar el querer de su Padre en esta historia, no cuando él, el Hijo, la quiere, sino cuando el Padre; y por eso, cuando lo quieren apresurar dice: “No ha llegado la hora”. Va en sintonía maravillosa buscando el querer, la oportunidad, el momento del Padre. Espera su hora.

Jn 2, 4

Y otra cosa que hemos olvidado mucho en estas horas de liberación, Cristo la enseña a su pueblo. Es en el dolor como se debe redimir el dolor del pueblo. No es gritando únicamente los derechos humanos, sino sabiendo sentir también el compromiso del dolor y del sufrimiento. Se dice muchas veces: “Los hombres pecan porque sufren”; pero es al revés: “Sufren porque pecan”. El dolor, la esclavitud, la pobreza, el analfabetismo, el hambre, la marginación, la injusticia social, todo eso, que es el trasfondo de estas crisis de nuestra patria, es producto del pecado, y el pecado solo se redime con reparación. No hay redención si no es la muerte dolorosa de Cristo en la cruz. Y por eso enseña el Señor que no es gritando demagógicamente, no es actuando con violencias y reclamando nada más, sino asumiendo el dolor del pueblo y dándole, al dolor del pueblo, el sentido de redención no en forma pasivista, pero sí en forma activa, que el dolor es la fuerza más grande y la estamos perdiendo.

Por eso, me gusta abrir hoy las páginas de la Sagrada Escritura, donde San Marcos —ya casi terminando su misión de guía durante todo este año— nos coloca frente a la pasión de Cristo, en aquellas disputas con sus enemigos, con sus adversarios, donde va aclarando su pensamiento, su vida, lo que ha de ser su redención. Y para iluminar esa fase de la vida de Cristo, la liturgia toma un pasaje del Antiguo Testamento que lo complementa y un pasaje de las cartas de los apóstoles que vivieron profundamente la enseñanza del Señor y nos transmiten —en eso que se llama la tradición, la Biblia— el pensamiento del Señor. Que no digan, pues, que no leemos la Biblia. No solo la leemos, sino que la analizamos, la celebramos, la encarnamos, la queremos hacer nuestra vida. Ese es el sentido de la homilía: encarnar en el pueblo la palabra de Dios. Y no es política cuando, en la homilía, se señalan los pecados políticos, sociales, económicos; sino que es palabra de Dios encarnándose en nuestra realidad —que muchas veces no refleja el reino de Dios, sino el pecado—, para decirle a los hombres cuáles son los caminos de la redención.

Sal 127, 1

Y yo encuentro, en las tres lecturas de hoy, esto que podía ser el título de la homilía: *Las tres fuerzas cristianas que forjarán la liberación de nuestro pueblo*. Aquí están, en la palabra de hoy, las tres fuerzas que Cristo nos ofrece para liberar, para sacar de la crisis a este país. Y ojalá todos, gobernantes y gobernados, pobres y ricos, organizados y no organizados, todos sintamos que debemos de ser artífices de nuestra historia. No hay ningún pasivo. No debe de haber tampoco ningún activista, porque si el Señor no construye la civilización, en vano trabajan todas las organizaciones y todas las fuerzas que los hombres quieran crearlas como definitivas y decisivas. ¿Cuáles son esas tres fuerzas? Primero, el espíritu de pobreza; segundo, el sentido de Dios; y tercero, la esperanza en el misterio de Cristo.

### El espíritu de pobreza

Mc 12, 43-44

El espíritu de pobreza. En el Evangelio, se destaca hoy la figura simpática de una pobrecita viuda que, mientras los ricos echaban lo que les sobraba, ella echaba toda su vida: los dos realitos que tenía para su sustento. Y Cristo la admira: “Esta ha echado mucho más que todos, porque los otros echan lo que les sobra; esta, en cambio, ha echado todo lo que tenía para vivir”.

Y lo contrapone Jesucristo... En la vida de Cristo, advertimos, queridos hermanos, una molestia que llevó durante todo su ministerio: sus enemigos, sobre todo, los hipócritas. Y trataba de desenmascararlos siempre que podía. Y por eso, frente a este gesto auténtico de pobreza, compara la autosuficiencia, el orgullo de los poderosos, aunque sean ministros de la Iglesia y, sobre todo, cuando se glorían de sus riquezas, cuando están adorando al ídolo dinero.

1Tm 6, 17-18

Lc 16, 9

¿Qué se destaca en ese pasaje de la viuda entregando todo lo que tenía? “Lo da todo”. La pobreza no es desprenderse de lo que sobra. La pobreza es dar; y no solo dar, es darse uno a sí mismo. La pobreza es darse, no tener nada, querer solo a Dios como absoluto y no poner la confianza en las cosas de la tierra. En esto está el pecado de la riqueza. No que las riquezas sean malas, ¡si Dios las ha creado!; pero, como dice San Pablo, deben de usarse como medios para el reino de Dios. “Hacedos amigos de vuestras riquezas para que cuando muráis os reciban en las eternas moradas”. Es la riqueza bien administrada aquella que da

no con orgullo de quien da lo que sobra, sino quien da —con lo que da— su propio corazón, su propia vida, como a un hermano; no con paternalismo o como dice el Concilio: “No hay que dar de caridad lo que ya se debe por justicia”. Se hacen fiestecitas muchas veces de Navidad o de cumpleaños, piñatas, y se cree que son grandes bienhechores aquellos que dan una fiestecita de esas cuando no pagan lo justo a sus trabajadores. Quieren dar de caridad lo que ya se debe de justicia. Y no bastaría dar de justicia nada más, sino dar con amor, sentir que es hermano mi trabajador. Todo aquel que comparte conmigo la vida debe compartir también los bienes que Dios da para la felicidad de la vida. Esta es la gran transformación que necesitamos en nuestro tiempo y esto significa una fe profunda en el único absoluto.

AA 8

La pobre viuda con su pobreza enriquece el culto de Dios. Estas son las limosnas que llegan hasta el trono de Dios. Dios no necesita nuestro dinero; pero cuando el dinero que se le da lleva todo el corazón, todo el amor, entonces Dios también es alabado, que el dinero también puede convertirse en alabanza del Señor y esto significa una gran confianza: “No me faltará. Si le doy al Señor, dueño de todas las cosas, ¿cómo me va a negar lo que yo puedo comprar con dos reales?”. Y era feliz porque confiaba en el único absoluto.

En cambio, dice Cristo: “Los otros, los fariseos y escribas, autosuficientes, se pavonean con sus grandes ornamentos por las plazas y, más aún, aprovechan el culto para la rapiña. Engañan a las viudas con largas oraciones para extorsionarlas”. ¡Qué fuerte es Cristo, aun para nosotros, los ministros de la Iglesia, porque también nosotros, con estos ornamentos sacerdotales, podemos dejar de ser intercesores ante Dios para convertirnos en pecado de soberbia, de orgullo, de vanidad! Y a nosotros, también, nos dice el Señor: “¡Cuidado!, que esos ornamentos y toda esa dignidad de vuestro sacerdocio, y toda esa superioridad de vuestra dirigencia, como dirigentes políticos, económicos o sociales, el pertenecer a esas categorías, no debe de ser un privilegio sino un servicio”.

Mc 12, 38-40

Hay que convertirse, queridos hermanos; yo, el primero. Todos tenemos que sentir que la vida y los bienes que el Señor nos ha dado, nuestra capacidad de haber estudiado, nuestras capacidades económicas, políticas, sociales, religiosas, todo debe ser para servicio del Señor.

Comparando con este ejemplo del Evangelio, viene una pintoresca lectura del profeta Elías con otra viuda, la viuda de Sarepta. A Elías se le llama “el hombre de Dios”. Y la pobre viuda cree al hombre de Dios porque le habla en nombre del Señor: “Dame de comer”. Ella le dice: “No tengo más que un poquito de harina y un poquito de aceite, allá estoy atizando la hornilla, voy a hacer un panecito para mí y para mi hijo, lo vamos a comer y no nos queda más, vamos a morir de hambre”. Y el hombre de Dios le dice: “De ninguna manera, ten confianza en Dios, haz el pan que estás haciendo, pero dame también a mí una parte”.

1 R 17, 24

1 R 17, 11-12

1 R 17, 13

Y aquella mujer, como la viuda del Evangelio, se desprende del único panecito, que es el sustento de toda su vida, ya no hay más. Pero Dios bendice la fe del profeta y la confianza de la viuda. “Lo ha dicho el Señor”, le dice el profeta. Y la viuda cree al Señor. Esta es la pobreza verdadera. No se tiene nada, pero se tiene lo mejor: la confianza en Dios. Y comenzó a haber pan. No faltó más pan ni aceite durante toda aquella famosa sequía que tuvo la tierra de Palestina sin lluvia, sin cosechas, donde muchos se murieron de hambre. Estos pobres que confiaron en Dios tuvieron lo necesario.

1 R 17, 14

1 R 17, 16

P 1148

¿Qué es la pobreza, queridos hermanos, a la luz de estos ejemplos tan bellos que nos ha contado hoy la Sagrada Escritura? Oigan cómo la define Puebla: “Para el cristiano, el término ‘pobreza’ no es solamente expresión de privación y marginación de las que debemos liberarnos. Designa también un modelo de vida que ya aflora en el Antiguo Testamento en el tipo de los ‘pobres de Yahvé’ —así los llama la Biblia: los pobres de Dios—[...]. Este modelo de vida se exige en el Evangelio a todos los creyentes en Cristo y por eso podemos llamarlo ‘pobreza evangélica’. San Pablo concretó esta enseñanza diciendo que la actitud del cristiano debe de ser la del que usa de los bienes de este mundo (cuyas estructuras son transitorias) sin absolutizarlas, pues son solo medio para llegar al Reino”. La pobreza es, sencillamente, no absolutizar la riqueza, sino darle su sentido relativo y tener como único absoluto al Dios, dueño de todas las cosas.

P 1147

“El compromiso con los pobres y los oprimidos y el surgimiento de las comunidades de base han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto la interpelan constantemente, llamándola a la conversión y por

cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez, disponibilidad para acoger el don de Dios”. Los pobres nos misionan. Los pobres son para la Iglesia inspiración, llamamiento a conversión. Por eso, la Iglesia evangeliza a los pobres, como decía Cristo, porque los pobres también revierten hacia ella una evangelización. Los pobres son los forjadores de nuestra historia.

Lc 4, 18

“La pobreza evangélica une la actitud de la apertura confiada en Dios con una vida sencilla, sobria y austera que aparta la tentación de la codicia y del orgullo”. Aquí está el mal de nuestras esclavitudes: la codicia, el orgullo. No lo tienen solo los que tienen dinero, lo tienen también los pobres que no son pobres, lo tienen también aquellos que creen liberar al pobre y son más avaros y codiciosos y orgullosos.

P 1149

“La pobreza evangélica se lleva a la práctica [...] no por imposición, sino por amor, para que la abundancia de unos remedie la necesidad de los otros”.

P 1150

Yo creo que bastan estas consideraciones. Solamente quisiera decir por qué el espíritu de pobreza nos es tan necesario en esta hora. Voy a tomar el pensamiento del papa Pablo VI, que decía que, para este momento histórico, lo principal es la caridad y la pobreza. Y cuando analiza la pobreza, dice: “Pensamos en la liberación interior que produce el espíritu de pobreza evangélica”. Liberación interior. Nadie es tan libre de verdad como el que es pobre de espíritu, el que no está apegado ni está endiosando las riquezas.

ES 28

“Pobreza evangélica que da libertad de espíritu y nos hace comprender los fenómenos humanos vinculados a los factores económicos”. El pobre no niega que para el progreso se necesita dinero, pero sabe comprender el valor de ese progreso: que no sea humillante, que no sea solamente para unos cuantos privilegiados, sino que sea de verdad para todos los hijos de Dios.

ES 28

También, esa libertad de espíritu “da a la riqueza y al progreso el justo y severo aprecio que le conviene”. No hay que endiosar el progreso como si sin él no se pudiera vivir. Hay que tener en cuenta que lo primero es Dios y, junto a Dios, el hombre. Si un progreso aparta de Dios o aparta o mutila o atropella al hombre, no es verdadero progreso. Solamente el que tiene espíritu de pobreza sabrá poner por encima de todo a Dios y al hombre, que es la clave de toda civilización; no el tener grandes edificios,

ES 28

el tener grandes campos de aviación, grandes carreteras, si por ellas no ha de pasar más que una minoría privilegiada y no el pueblo, con cuya sangre se hacen todas esas cosas\*.

ES 28 También la pobreza nos hace idóneos para “dar a la indigencia el interés más solícito y generoso”. Nadie comprende al pobre tan bien como otro pobre. Aun cuando solo se sea pobre, de veras, con el amor con que se da, se comprende y se es solícito y generoso con aquellos que sufren la indigencia.

ES 28 Y, finalmente, “nos capacita para desear que los bienes económicos no sean fuente de luchas, de egoísmos, de orgullo entre los hombres, sino que estén orientados por vías de justicia y de equidad al bien común y, por lo mismo, más abundantemente distribuidos”.

Esta es la palabra del espíritu de pobreza. Por eso, hermanos, al terminar esta reflexión, yo hago un llamamiento en esta hora en que se ha iniciado un proceso nuevo en la patria: que lo alentemos entre todos. Mucho se oye decir de un contragolpe fomentado por la derecha.

Naturalmente que, cuando la derecha siente que le tocan sus privilegios económicos, moverá cielo y tierra para mantener su ídolo dinero. Primero Dios que no sea así, primero Dios que este llamamiento de la palabra de Dios de que está por encima de todos los ídolos el valor absoluto de Dios, y que no hay libertad más grande que tener el corazón despegado de las cosas de la tierra, y no hay pequeñez ni subdesarrollo más vergonzoso que la codicia, el hacer consistir la vida en tener y tener, y no ver que el verdadero ideal es ser, ser cristiano, ser de Dios y darle a las cosas su valor relativo.

Y yo les repito a los que todavía no se apartan de estar de rodillas ante su dinero: que se sepan desprender a tiempo por amor antes que los arranquen por la violencia\*. Este es el peligro de la extrema derecha. Y no solo la extrema derecha, de todo aquel... Mi visión es pastoral, palabra de Evangelio que estoy predicando y, desde Cristo, digo que el gran peligro de la verdadera civilización es el amor desmesurado de los bienes de la tierra, y que el ejemplo de estas dos viudas y del profeta Elías son llamadas elocuentes de Dios en una hora bien oportuna para El Salvador: desprendimiento para tener la libertad; y solo desde la libertad del corazón, trabajar la verdadera liberación de nuestro pueblo.

## El sentido de Dios

Voy a meditar en el segundo pensamiento de hoy: que las palabras de hoy nos dan también un sentido de Dios. Ya casi lo he insinuado cuando he dicho que —imitando a Jesucristo— “no se puede servir a dos señores”, no se puede ser esclavo de Dios y esclavo del dinero. O se sirve a uno y se desprecia al otro o se sirve al otro y se desprecia al primero. ¿Cuándo vamos a comprender?

Mt 6, 24

El otro día, a uno de estos hombres que proclaman la liberación con sentido político, le preguntábamos: “¿Qué significa para ustedes la Iglesia?”. Y dijo esta palabra escandalosa: “Es que hay dos Iglesias: la Iglesia de los ricos y la Iglesia de los pobres. Creemos en la Iglesia de los pobres, pero no creemos en la Iglesia de los ricos”\*. Naturalmente, es una frase demagógica y yo no admitiré nunca una división de la Iglesia. No hay más que una Iglesia: esta que Cristo predica, la Iglesia que debe darse con todo el corazón; porque aquel que se llama católico y está adorando sus riquezas y no quiere desprenderse de ellas no es ni cristiano, no ha comprendido el llamamiento del Señor, no es Iglesia. El rico que está de rodillas ante su dinero, aunque vaya a misa y aunque haga actos piadosos, si no se ha desprendido en el corazón del ídolo dinero, es un ídólatra, no es un cristiano. No hay más que una Iglesia: la que adora al verdadero Dios y la que le sabe dar a las cosas su valor relativo.

El sentido de Dios está, cabalmente, en esto. Esta viuda demuestra una actitud de devoción, fomenta el culto del templo con su pequeña limosna; pero sabe que no está en dar dinero, sino en el sacrificio espiritual: darse a Dios. Esto es lo que llamó la atención de Cristo: “Esta mujer ha dado todo lo que tiene, porque confía en Dios y Dios no le fallará”.

Mc 12, 44

La actitud de los otros hombres que también están en el templo, pero ambicionando los primeros puestos y luego explotando también su sentido de oración para la rapiña... ¡Qué vergüenza cuando se convierte el servicio religioso en una manera de ganar dinero! No hay escándalo más horroroso. Y yo diría a mis queridos hermanos sacerdotes y a las instituciones católicas, a las congregaciones y colegios, y a todo aquello que se llama y quiere ser Iglesia: mucho cuidado con caer en esta maldición de Jesucristo, que fustigó severamente, ante el ejem-

Mc 12, 38-40

plo de la devoción auténtica de la viuda, la actitud de los falsos religiosos que hacen consistir en ampulósidades y en exterioridades sus malas intenciones que llevan por dentro.

1 R 17, 24

Los dos ejemplos del Viejo Testamento, Elías y la viuda de Sarepta, también son ejemplos de una obediencia a Dios. ¡Qué hermoso título para un profeta!: “el hombre de Dios”. Así le llamaban a Elías. Y porque era el hombre de Dios, la pobre viuda siente también el sentido de Dios a través de sus palabras y confía en el Señor y hace también de su pobreza un culto al profeta que habla en nombre de Dios.

Esta es nuestra grandeza también como ministros de Dios. Y yo les agradezco a ustedes, queridos fieles, el respeto y el cariño que ustedes tienen a sus ministros de Dios, a sus sacerdotes; y ojalá que supiéramos responder siempre como Elías, con una sencillez de entrega a Dios y de identificarnos con los problemas de todos ustedes y vivir así una realidad que solamente tiene luz cuando se orienta hacia Dios. Que ustedes, pueblo de Dios, y nosotros, ministros de Dios, sepamos orientar nuestra actividad, nuestra vida hacia Dios, de donde derivarán todas las fuerzas para los arreglos políticos, sociales, económicos. Es un tiempo propicio en El Salvador para que todos orientemos hacia el Dios todopoderoso nuestros afanes, nuestras preocupaciones y, en medio de nuestros trabajos de liberación, en este proceso de liberar al pueblo de sus esclavitudes, de sus crisis, de sus violencias, sepamos que solo Dios tiene la clave y, como Cristo, esperamos su voluntad y miramos a su mano que señale la hora. ¡Y queremos ser fieles a Él!

Yo pido para nuestro pueblo ese descubrimiento de Dios que el Concilio decía a los gobernantes. El mensaje, después del Concilio, a todas las categorías sociales; una de esas categorías son los gobernantes de los pueblos. Si me están escuchando, reciban, transmitido por mi humilde medio, estas palabras del magisterio universal de la Iglesia. Les dice que respetan sus leyes y su autoridad: “Pero tenemos una palabra sacrosanta que decirnos. Hela aquí: Solo Dios es grande. Solo Dios es el principio y el fin. Solo Dios es la fuente de vuestra autoridad y el fundamento de vuestras leyes. Es a vosotros a quienes toca ser sobre la tierra los promotores del orden y la paz entre los hombres. Pero no lo olvidéis: es Dios, el Dios vivo y verdadero, el que es el

Padre de todos los hombres”<sup>1</sup>. Yo auguro, para las autoridades del país, que sean verdaderamente un reflejo de la paternidad de Dios. Ya sufrimos bastante, ya el pueblo está muy fatigado<sup>2</sup> y muy sangriento. Ya necesita unas autoridades que de verdad sean reflejo del Dios que es Padre y que no puede aguantar que le castiguen tanto a sus hijos. Un pueblo que encuentra en sus autoridades un sentido de justicia, de paz, de orden, de amor es un pueblo feliz porque, de su autoridad, se puede elevar al Dios verdadero. Cuando nos echaban en cara nuestras denuncias y se nos recordaba que toda autoridad viene de Dios, supimos responder lo que ahora también decimos con la misma entereza: “Sí, viene de Dios y por eso los que la tienen, tienen que manejarla como Dios quiere; pero cuando una autoridad ya no se maneja como Dios quiere, ya no viene de Dios, ya es un ultraje a Dios y es la hora de decir con los apóstoles: ‘No podemos obedecer a los hombres antes que a Dios. Y a Dios hay que obedecer’”<sup>3</sup>.

Rm 13,1

Hch 5, 29

Descubramos, pues, a Dios en nuestra historia. Esto es lo hermoso de los cristianos que saben descubrir a Dios. Oigan lo que Puebla dice: “Los ciudadanos de este pueblo —pueblo de Dios— deben caminar por la tierra, pero como ciudadanos del cielo, con su corazón enraizado en Dios, mediante la oración y la contemplación, actitud que no significa fuga frente a lo terreno, sino condición para una entrega fecunda a los hombres. Porque quien no haya aprendido a adorar la voluntad del Padre en el silencio de la oración difícilmente logrará hacerlo cuando su condición de hermano le exija renuncia, dolor, humillación”.

P 251

¡Qué hermosa sintonía entre el cielo y la tierra se da en el corazón del cristiano! Y cuanto más hundido esté en el cielo de su Dios, se hundirá también más en la historia de su tierra. Por eso insisto yo: mucha oración. Oremos, pero no con una oración que nos aliene, no con una oración que nos haga fugarnos de la realidad. Jamás vayamos a la iglesia huyendo de nuestros deberes en la tierra. Vayamos a la iglesia a tomar fuerzas y claridad para retornar a cumplir mejor los deberes del hogar, los deberes de la política, los deberes de la organización, la orientación sana de estas cosas de la tierra. Estos son los verdaderos liberadores.

<sup>1</sup> Concilio Vaticano II, Mensajes del Concilio a la humanidad (8 de diciembre de 1965), *A los gobernantes*, 2 y 3.

<sup>2</sup> Léase: “golpeado” o “castigado”.

## La esperanza en el misterio de Cristo

Y pasemos al último pensamiento que nos da la luz suficiente para que culminemos esta reflexión en aquel que se hizo medianero entre Dios y los hombres. Mi tercer pensamiento es este: que las tres fuerzas que van a dar la liberación a nuestro país son: el espíritu de pobreza, el sentido de Dios y, tercero, una gran esperanza en el misterio de Cristo. Y me inspira esta palabra la lectura de la carta a los hebreos, donde se nos presenta a Jesucristo como el sacerdote que ha entrado a tomar posesión del altar definitivo de la gloria.

Hb 9, 24

“Cristo ha entrado no en un santuario construido por hombres, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros”. Y haciendo alusión al culto del Antiguo Testamento, donde el sumo sacerdote entraba cada año a ofrecer sacrificios —y todos los días se ofrecían sacrificios en el altar—,

Hb 9, 26

dice San Pablo: “Cristo no fue así. Cristo se ha manifestado una sola vez, en el momento culminante de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo”. El destino es este. Por eso, Cristo no ha ofrecido más que un sacrificio; pero de ese sacrificio, que culminó con su muerte en el Calvario y fue aceptado por Dios, rubricado por la resurrección... Eso es. La muerte y la resurrección son el momento culminante de toda la historia. Si los pueblos y los hombres se salvan, es porque deriva la salvación de esa muerte y de esa resurrección. Por eso, los cristianos sabemos que la transformación de nuestro país ya está decretada en Cristo, el Redentor; y los cristianos sabemos que el mundo, por más horribles tinieblas que se ciernan sobre él, ya está amaneciendo a la claridad de la verdadera redención desde el día en que Cristo murió y resucitó. Eso que se llama el misterio pascual. La muerte y la resurrección de Cristo se llama el misterio pascual, el misterio de la Pascua.

La pascua de los judíos anunciaba esa Pascua: paso de la muerte a la vida que se da en Cristo, liberación que ya fue significada al arrancar al pueblo de la esclavitud de Egipto para trasladarlo a la libertad de los hijos de Dios en la tierra prometida y que no es más que un símbolo del peregrinar de los cristianos, pueblo en el desierto de la vida hacia la tierra de promisión eterna. No es una liberación más allá de la historia solamente, sino que ya se refleja aquí porque aquí está la semilla, el fermento,

aquí está el sepulcro, aquí está la cruz, aquí está el lugar y la hora donde Cristo murió en nuestra historia; y desde ese momento culminante, desde ese sacrificio que es vida y resurrección, se le está dando sentido a todos los movimientos liberadores.

Por eso, si una liberación, si una organización política proclama una liberación sin Cristo, sin Pascua, sin cruz, no es verdadera liberación y solamente serán verdaderos liberadores estos que estoy diciendo ahora con la palabra de Puebla: “La Iglesia, forjadora de los liberadores de la historia”. Solo el hombre que lleva en su corazón la fe, la esperanza en la muerte de Cristo, que salvó al mundo porque pagó todos los pecados de los hombres y resucitó para no morir más, para ofrecer la verdadera libertad, la dignidad de los hijos de Dios, la que ha renunciado al pecado, la que profesa la verdadera dignidad humana: estos serán los únicos y verdaderos liberadores.

P 274

Yo quisiera recalcar este pensamiento de Puebla, queridos hermanos, cuando nos dice: “El Continente necesita hombres conscientes de que Dios los llama a actuar en alianza con Dios, hombres de corazón dócil, capaces de hacer suyos los caminos y el ritmo de la Providencia, especialmente capaces...”. Esto es lo que quisiera subrayar mucho porque, tal vez, es una palabra que escandaliza, como decía San Pablo de la cruz: “Escándalo de los griegos y de los judíos”. El dolor, la cruz escandalizan, humillan y, sin embargo, dice que lo que espera nuestro Continente son hombres “especialmente capaces de asumir su propio dolor y el dolor de nuestros pueblos y convertirlos, con espíritu pascual, en exigencia de conversión personal, en fuente de solidaridad con todos los que comparten este sufrimiento y en desafío para la iniciativa y la imaginación creadoras”.

P 279

1 Cor 1, 23

P 279

Nuestra esperanza pascual le da el sentido al marginado, al analfabeta, al que está muriendo de desnutrición; y no solo grita que esto no puede ser así, sino que le dice al que sufre: “Pero tú, tal vez, vas a morir así; ofrécelo en redención”. Y, por eso, les decía yo, cuando mi llamamiento pastoral en esta nueva coyuntura del país<sup>3</sup>, que todos aquellos que han ofrendado su vida, su heroísmo, su sacrificio, si de veras lo han ofrecido con sincero deseo de dar la verdadera libertad y dignidad a nuestro pueblo,

<sup>3</sup> Cfr. “Llamamiento pastoral ante la nueva situación del país” (16 de octubre de 1979), *Orientación*, 21 de octubre de 1979.

se están incorporando al gran sacrificio de Cristo. Pero tiene que ser así: asumiendo el dolor como moneda que compra libertad. No es cuestión solo de sacudir el yugo, sino como Cristo, que se somete al yugo romano, bajo la opresión de Poncio Pilato, bajo la maquinaria tremenda del imperio, muere en la cruz con un grito de amor, porque ha redimido al mundo aceptando ese dolor, esa humillación, y de allí comenzó a brillar la gran libertad que se lleva por todos los pueblos. Ese mismo Cristo es el que llevamos todos los que queremos la liberación y debemos de procurar vivirlo así intensamente, hermanos.

Y aquí, un llamamiento, a través de la radio, a todos aquellos que sufren en sus lechos de enfermo, a los hospitales, a los pobres que no pueden dejar sus humildes chozas porque no tienen ni siquiera para la camioneta que los traiga: ofrézcanle al Señor no con sentido pasivista, sino con la actividad omnipotente del dolor, únanlo a Cristo, que desde la cruz, desde su muerte, él redime. Y verán, queridos pobres, queridos oprimidos, queridos marginados, queridos hambrientos, queridos enfermos, que ya está fulgurando la aurora de la resurrección. Para nuestro propio pueblo también ha de llegar esa hora, hermanos, y hemos de — como cristianos — no solo esperarla en dimensiones políticas, coyunturales, sino en dimensiones de fe y de esperanza. Esta es la misión que yo estoy cumpliendo y por eso mi palabra quiere ser una palabra de esperanza y de fe en Jesucristo.

Hb 9, 27

Y por eso San Pablo recuerda también, junto a esa muerte redentora de Cristo, las muertes de todos nosotros. ¡Qué terrible palabra la de San Pablo hoy!: “El destino de los hombres es morir una sola vez; y después de la muerte, el juicio”. ¡Dichosas las muertes que se incrustaron en la muerte redentora de Cristo! Porque quiero decir, con dolor y con tristeza, que no todas las muertes son redentoras. Hay muertes suicidas; hay muertes que, imprudentemente, se exponen a que los maten; hay muertes de odio, con arma en las manos; hay muertes de venganza: y esas no son muertes de redención. Muertes de redención son las que han aprendido a decir, con Cristo, en el momento del rictus final: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”\*.

Lc 23, 34

Por eso, San Pablo nos llama, pues, a incorporar nuestra vida y nuestra muerte en la muerte y en la vida eterna de nuestro Señor Jesucristo. Y no vayamos pensando que esto nos aliena. Lo repito mil veces, porque mil veces se da esta calumnia de que los cris-

tianos, por estar pensando en la vida eterna, olvidamos los problemas de la tierra. Al contrario, por pensar en la vida eterna, le damos la verdadera dimensión a las proyecciones limitadas de la tierra los que tenemos las dimensiones ilimitadas de la eternidad.

### Vida de la Iglesia

Tenemos, pues, hermanos, los elementos suficientes para analizar desde aquí el porqué de nuestra historia. Y yo me alegro de estar haciendo esta reflexión en el seno de mi Iglesia, de nuestra Iglesia, llamándolos a todos a que de veras seamos dignos de este pueblo de Dios y que cada día nuestra arquidiócesis se vaya identificando más con este sentir pastoral, desde el cual podemos realizar, cada uno según su propia vocación, su misión política también. Pero en un pueblo tan politizado, como es El Salvador, corremos el peligro de creer que la única dimensión humana es la política. Es un gran engaño. La política es una de las dimensiones humanas, pero no es toda la dimensión humana. Lo principal humano es esto que estamos reflexionando, lo que viene de Dios y hace al hombre verdaderamente un receptáculo de Dios y, desde ese receptáculo de Dios, tenemos luz para iluminar los otros quehaceres familiares, políticos, sociales, económicos. Uno de esos tantos es el político, no es el único. Por eso, mi afán en la predicación es, cabalmente, dar la palabra de Dios para que ilumine el sector de cada uno de nosotros.

Como pueblo de Dios, pues, nosotros queremos vivir estas experiencias. Este día está celebrando San Martín a su patrono, el obispo San Martín. Hoy, después de esta misa, tendré el gusto de ir a celebrar, con aquellos cristianos, la fiesta de aquel patrono que sabe comprender, sin duda, nuestra hora porque la supo vivir muy de cerca. Hijo de militares, él también sirvió en la milicia del imperio romano; pero no perdió su corazón de cristiano. Buscando a Cristo —todavía militar—, un pobrecito le pidió una limosna; se moría de frío. Y este capitán del imperio romano partió en dos su capa y le dio la mitad al mendigo, la otra la necesitaba él. Y por la noche tuvo un sueño: Cristo mismo venía vestido con la mitad de la clámide y decía: “¡Martín me la regaló!”. ¡Qué hermoso cuando se mira a Cristo en el pobre! Este es el hombre, pues, que, siendo militar, es cristiano y ama al pueblo, al pobre, al que sufre\*.

La vicaría de La Libertad tiene una reunión de estudio de la cuarta carta pastoral, el sábado de esta semana, en El Calvario de Santa Tecla. Los sacerdotes de la vicaría de Mejicanos hicieron sus ejercicios espirituales esta semana. Me alegro por estos esfuerzos espirituales de nuestro clero. Y ojalá la oración de los fieles complete la obra, para que seamos de verdad lo que tenemos que ser: los sacerdotes de esta hora.

Recibí, también —ya que no pude ir personalmente—, por teléfono, un saludo del Consejo Nacional de las Iglesias Cristianas de Estados Unidos, con encargo de transmitirlo a toda la querida comunidad y con el ofrecimiento de que, posiblemente, el domingo próximo estará con nosotros un mensajero de aquel congreso. Se trata del pastor doctor Jorge Lara Braud. El próximo domingo, si Dios quiere, compartiremos con él esta celebración.

Quisiera aclarar un punto. Se ha hecho bastante eco a una noticia de amenaza de muerte a mi persona y quiero agradecer la solidaridad de varias personas que me han manifestado esta solidaridad y, en cuanto a los comentarios, también quiero transmitirlos para que ustedes juzguen. Me dicen: “¿Por qué la publicidad acentúa que ese peligro contra su vida se le atribuye a la extrema izquierda? ¿No será una maniobra de la extrema derecha? ¿No será un deseo de que usted se ausente de este campo?”. Yo lo dejo en interrogante. Sí he dicho que el peligro para mí, si existe, puede ser de los dos extremos; a los dos les estorbo\*. Pero quiero asegurarles a ustedes, y les pido oraciones para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio me exige\*.

Saludamos al nuevo rector de la Universidad José Simeón Cañas, el padre Ignacio Ellacuría, que ha tomado el lugar del ingeniero Román Mayorga. Y quiero recordar, a este propósito, el ideal de la Iglesia en sus universidades: es institucionalizar un diálogo entre la Iglesia y la cultura de los pueblos. Ojalá la UCA, pues, sea siempre ese diálogo de la fe de la Iglesia y de la cultura de nuestro pueblo salvadoreño.

El próximo viernes, 16 de noviembre, en esta basílica, vamos a tener una jornada de oración por la paz. Desde la mañana estará expuesto el Santísimo y a las 12:00 del día invito a todas las comunidades para que asistamos a celebrar la misa por la paz de nuestra patria; el viernes de esta semana, a las 12:00 del día.

Recibí un donativo de la escuela *Madre Marie Paul* para la *YSAX*. Y con este motivo, quiero agradecer también a todas las instituciones y personas que nos están ayudando a sostener esta emisora que quiere ser cultural, ya que se le privó del apoyo comercial. Y, aunque ahora pudiéramos encontrarlo, queremos mantener nuestra independencia si los católicos saben ayudarnos a sostenerla como una emisora cultural\*.

También quiero hacerles un llamamiento a que nos ayuden al sostenimiento de nuestro periódico *Orientación*. Gracias a Dios, pues, tenemos este vocero, también, escrito. Y las circunstancias obligan a modificar los precios —va a costar veinte centavos—, ya que también se sostiene únicamente por el apoyo de quienes lo compran. Quiero agradecer al Correo porque ya está llegando a todas partes *Orientación*, y perdonar, pues, todos los estorbos que nos hicieron a la circulación. También a todos aquellos que por miedo no llevaban *Orientación* porque, efectivamente, encontrarles *Orientación* era encontrar material subversivo, que ya no teman; mientras haya un poco de libertad, aprovechen para que este pensamiento de la Iglesia pueda circular.

Dentro de esta reflexión de Iglesia como pueblo de Dios, levantemos nuestra mirada al Papa. Envió un mensajero a Irán en pro de los rehenes que están en la embajada de Estados Unidos, pero esta mañana oía la noticia de que se había rechazado la intervención del Papa. Da dolor que no solo en Irán, sino también aquí, en los Ministerios<sup>4</sup>, se rechaza la intervención de la Iglesia, cuando ella no quiere llevar más que un mensaje de racionalidad y de paz.

El Papa también presidió esta semana una reunión muy original, que hacía muchos siglos que no se tenía, los cardenales. Los cardenales son el senado del Papa. Son hombres de diversas partes del mundo que asesoran en cosas del gobierno de la Iglesia universal. Y parece que los temas, aunque fueron tratados con mucho secreto, se referían a la curia romana, a la relación de la Iglesia con las culturas modernas y al problema de las finan-

<sup>4</sup> El Ministerio de Economía y el Ministerio de Trabajo y Previsión Social fueron ocupados por integrantes del Bloque Popular Revolucionario, para exigir disminución de los precios de los productos básicos y aumento del salario mínimo. Durante la ocupación, mantuvieron como rehenes a varios funcionarios y empleados.

zas<sup>5</sup>. Parece que hay déficits muy grandes en la Iglesia. Y tengá-moslo en cuenta, cuando somos tan propensos a murmurar de las riquezas de la Iglesia, que, más bien, es una pobre que tiene que mantener obras muy costosas: misioneras, culturales, etcé-tera, y que el dinero, pues, lo usa porque el espíritu de pobreza, de que hemos hablado hoy, no quiere decir no usar el dinero para las finalidades buenas de la vida; y la Iglesia tiene dinero y lo debe de usar para los fines de su evangelización.

El Papa habló del amor y del autocontrol. Y yo quiero ha-cerme eco de estas palabras del Santo Padre, porque dijo que estas dos virtudes, amor y autocontrol, es decir, paternidad res-ponsable, el hombre y la mujer, que saben que tienen esa fecun-didad como don de Dios, tienen el deber de manejarlos como una virtud, no como un instinto, una pasión. Estas dos cosas, pues, el amor y el autocontrol, “exigen una decisión conjunta por parte de los esposos, así como su determinación de some-terse a la doctrina de la fe, la enseñanza de la Iglesia”<sup>6</sup>. Y dijo el Papa, textualmente: “La doctrina de la Iglesia no debe inter-pretarse con rodeos”<sup>7</sup>, es clara y muchas veces los anticoncep-tivos y otros métodos se quieren justificar con muchos rodeos morales. Dice el Papa: “La Iglesia, la doctrina de la Iglesia no debe interpretarse con rodeos”. Es claro lo que el papa Pablo VI dijo en la encíclica *Humanae vitae*. Y el Papa expresó todo su agradecimiento y aprecio a los expertos de la Federación Inter-nacional de la Planificación de la Vida Familiar, que lo visitaban, por sus esfuerzos en descubrir científicamente aquellos perío-dos que son permitidos en la relación matrimonial, aunque son infecundos. Es lo único lícito en la relación matrimonial, pero no los medios artificiales.

También me viene bien recordar la actitud de la Iglesia ca-tólica en Bolivia, donde han hecho un llamamiento a las dos partes en contienda para que dialoguen. La comisión de la Igle-

<sup>5</sup> Cfr. Discurso de Juan Pablo II en la clausura de la reunión plenaria del Sacro Colegio Cardenalicio (9 de noviembre de 1979), *L'Osservatore Romano*, 18 de noviembre de 1979.

<sup>6</sup> Discurso a los delegados del Centro de Enlace de los Equipos de Investi-gación y a los miembros del Consejo de Administración de la Federación Inter-nacional de Acción Familiar (3 de noviembre de 1979), *L'Osservatore Romano*, 23 de diciembre de 1979.

<sup>7</sup> *Ibid.*

sia, formada por dos obispos y un sacerdote, expresó que hace lo posible por buscar un diálogo entre las partes en discordia. Si por desgracia no se llega a una solución, será porque hay intereses creados y dirige a todos los miembros de las Fuerzas Armadas de la nación, a todos los miembros del parlamento nacional, a todos los miembros y dirigentes de los partidos políticos y a todos los que puedan contribuir a la solución de la crisis que vivimos, a que interpongan con sus valores a la solución de estas crisis<sup>8</sup>. Creo que es lo mismo que hemos dicho aquí. No es la Iglesia la que tiene que dar las opciones concretas, sino el llamamiento a todo el pueblo para que se organice, para que opine; y tiene que ser el pueblo, ustedes, los artífices de su propia sociedad.

La Santa Sede ha reconocido a la Junta de Gobierno de El Salvador. Este gesto de amistad de la Santa Sede, sepamos interpretarlo como siempre se interpretan estos pasos diplomáticos del Papa de querer mantener una amistad y poder salvar lo cristiano y bueno; porque, con eso, el Papa no se somete a ideologías extrañas, sino que mantiene un canal por donde pueda llevar su propio pensamiento, expresado con toda libertad. Allí recuerdo cuando el embajador ante la Santa Sede escuchó del Papa que la Iglesia reclamaba su libertad y que pedía también el respeto a la comunidad cristiana<sup>9</sup>.

También me quiero alegrar con monseñor Obando, arzobispo de Managua, que, al regresar de recibir su premio en Austria, celebró una misa, donde hizo declaraciones que me parecen bien oportunas también para nosotros aquí en El Salvador. “Es necesario —dijo— que vivamos la vida no a la manera de lagos, sino a la manera de ríos”. Tengamos en cuenta la pintoresca geografía de Nicaragua, la tierra de los lagos; y el obispo dice: “No hay que ser lago. El lago es egoísta, le gusta recibir del cielo la lluvia, de los ríos el agua; pero le gusta muy poco dar. Los ríos, donde pasan, dejan algo de lo suyo y allí hay pan. Es necesario

<sup>8</sup> El 1 de noviembre de 1979, el coronel Alberto Natusch Busch dio un golpe de Estado en Bolivia al Gobierno constitucional de Walter Guevara Arce; la Central Obrera Boliviana (COB) rechazó el golpe de Estado y convocó a una huelga general que paralizó el país. *Cfr. El Diario de Hoy*, 2 y 8 de noviembre de 1979.

<sup>9</sup> *Cfr.* Discurso de Pablo VI ante el embajador de El Salvador en el Vaticano, *L'Osservatore Romano*, 18 de diciembre de 1977.

que en estos momentos estemos unidos en el trabajo de la reconstrucción; que nadie permanezca solo. Los árboles solo se secan por el calor del sol. El viento los desnuda de sus hojas y sus ramas; en lugar de elevarse a las alturas, se van inclinando paulatinamente hacia la tierra. No seamos árboles y plantas solitarias, sino que estemos unidos, aunque seamos pequeños. Los gorriones y las golondrinas se unen para ponerse a salvo de las aves de rapiña”. Resultó muy...\*.

### Hechos de la semana

En la vida civil, aquí en nuestro país, ya todos saben, pues, cómo se llegó a acuerdo entre la Junta y el Bloque Popular Revolucionario, cómo se desalojaron los Ministerios. Yo me alegro por que haya vuelto la tranquilidad a muchos hogares; y volviera a repetir también que reconsideraran estas acciones que atropellan derechos humanos muy sagrados. Cuentan cosas que sucedieron allá adentro. Yo no quiero juzgar.

Solamente quisiera decir que, si hay una comisión de hombres a toda prueba en la honestidad de la justicia, no solamente se dedicaran a estudiar los casos de los desaparecidos, sino que también se llevara esa justicia al estudio de todas estas ocupaciones, secuestros, asesinatos, que ha habido tanto; y todo eso también tiene el mismo derecho que tienen los desaparecidos. Que se haga claridad\*.

Porque también nosotros, responsables de los templos, tendríamos mucho que reclamar y lamentar de las ocupaciones. Nos hacen mucho mal. Y vuelvo a repetir que, mientras ya pueden gritar por las plazas o caminar por las calles, ya no es oportuno. Parece extemporáneo estarse refugiando en las iglesias. Se parecen a aquellos que ellos mismos critican cuando dicen que los curas solo están en las sacristías; ellos también están en las iglesias y no quieren salir\*.

También me alegro que, por caminos de racionalidad y de diálogo, se han solucionado conflictos laborales, como los beneficios de café. ¡Qué hermoso fuera que de veras entráramos en fase de razón y de diálogo! Hablando se entienden los hombres, aunque tengamos posiciones muy distintas.

Quiero, también, alegrarme con las actividades que dan síntomas de respiración. Algo nuevo hay en el país cuando sale un

decreto disolviendo a ORDEN<sup>10</sup>; y cuando se tiene la valentía de decir en el periódico que su mantenimiento costaba veintidós mil colones mensuales y que había también ciertas gangas de loterías<sup>11</sup>. ¡Quién sabe cuántas cosas más! Yo quiero felicitar por esta medida que corta un tumor muy peligroso en nuestra patria. Ya era tiempo\*.

Yo quiero recordar, a un año de distancia, lo que escribí en mi tercera carta pastoral cuando hablaba del atropello al derecho de organizarse, sobre todo entre los campesinos, y decía: “No podemos ignorar, aun sin entrar en mayores detalles, el trágico espectáculo que se está ofreciendo en el país entre organizaciones fundamentalmente integradas por campesinos y campesinas que luchan entre sí y que, últimamente, están en pugna violenta. Lo más grave es que no son —única o fundamentalmente— ideologías las que han logrado desunirlas y enfrentarlas. No es que los miembros de estas organizaciones piensen en su mayoría de forma distinta sobre la paz, sobre el trabajo, sobre la familia. Lo más grave es que, a nuestra gente del campo, la está desuniendo, precisamente, aquello que la une más profundamente: la misma pobreza, la misma necesidad de sobrevivir, de poder dar algo a sus hijos, de poder llevar pan, educación, salud a sus hogares. Lo que pasa es que, para salir de esa misma miseria, unos se dejan seducir por ventajas que les ofrecen organizaciones progubernamentales en las que, a cambio, se les utiliza para distintas actividades de represión que incluyen con frecuencia delatar, atemorizar, capturar, torturar y, en algunos casos y situaciones, asesinar a sus mismos hermanos campesinos. Otros militan en organizaciones independientes del Gobierno u opuestas a él en busca de cambios más eficaces de su precaria situación”<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> El 6 de noviembre de 1979, la Junta Revolucionaria de Gobierno decretó la disolución de la Organización Democrática Nacionalista, ORDEN, que fue fundada en 1966, por el Gobierno de Julio Adalberto Rivera. El principal impulsor de ORDEN fue el general José Alberto Medrano, por entonces, director de la Guardia Nacional, quien dotó a dicha organización de una estructura paramilitar, cuya base principal eran las patrullas cantonales, integradas por campesinos que controlaban y reprimían a la población rural.

<sup>11</sup> Cfr. *La Prensa Gráfica*, 9 de noviembre de 1979, y *El Diario de Hoy*, 10 de noviembre de 1979.

<sup>12</sup> *La Iglesia y las organizaciones políticas populares* (6 de agosto de 1978), 33-35.

Y yo aquí aprovechaba para decir que no se confundiera ni con una ni con otra la organización cristiana, la de las comunidades eclesiales de base. Estos grupos se reúnen para reflexionar la palabra de Dios y, si es una palabra encarnada en la realidad, siempre despierta la conciencia cristiana del deber de trabajar por un país más justo, según las opciones concretas políticas que le inspiren su misma fe y su conciencia.

Lc 15, 11-32

Quiero decirles, hermanos, que lo de ORDEN, pues, era una tragedia, era una división trágica de nuestro campesino. Y ojalá, al alegrarme por esta medida del Gobierno, no vaya a traer consecuencias crueles. Yo ya hice un llamamiento, en el diálogo del miércoles, para que estuviera lejos el sentido de venganza. Hago un llamamiento a los miembros de ORDEN para que aprovechen este momento en convertirse, en reintegrarse a la sociedad; y a todos, también, que los sepamos recibir. Como recibí el padre y el hermano al hijo pródigo, sepamos recibir a todos los que han tenido que ser causa del sufrimiento; pero jamás la venganza, siempre el amor. Esto es lo que hace al cristiano\*.

Por eso, quiero también alegrarme y felicitar al señor ministro de Agricultura y Ganadería porque promete garantizar la organización campesina<sup>13</sup>. ¡Si no es más que el cumplimiento de la Constitución, que defiende el derecho de organizarse!\*; pero que ojalá esa pesadilla, que nos ha hecho vivir ORDEN y sus privilegios oficiales, no se vuelva a repetir en nuestra historia.

También oímos los precios de los productos básicos del consumo popular<sup>14</sup>. Y yo pido a Dios que el cumplimiento de estas medidas tan sencillas, pero que tocan tan a fondo el corazón del pueblo, sepan encontrar eco en todos los salvadoreños. Y la orden de poner los títulos de los precios en las tiendas hay que cumplirla, porque, tristemente, aquel dicho es una verdad: "Hecha la ley, hecha la trampa"; pero que el Señor no permita vivir extorsionando la miseria de nuestros pobres.

También el salario mínimo para las cosechas. Y espero que pronto tengamos unas leyes salariales muy justas y equitativas. Yo también aquí hago un llamamiento a los productores que se

<sup>13</sup> Cfr. *La Prensa Gráfica*, 6 de noviembre de 1979.

<sup>14</sup> Cfr. Exposición de Román Mayorga Quirós, miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno, en Cadena Nacional de Radio y Televisión, el 8 de noviembre de 1979. Cfr. *El Diario de Hoy*, 10 de noviembre de 1979.

han beneficiado durante tanto tiempo de sus cultivos. Si vienen tiempos duros, confrontémoslos entre todos. Pero ya no es tiempo de que existan unos privilegiados y otros que dan los privilegios a los demás, sino que todos sepamos comprender que el Dios que hace producir nuestros cafetales, algodonerías y cañales, etcétera, es el Padre de todos los salvadoreños y tenemos que reflejar su providencia en la medida en que esté a nuestro alcance. El Gobierno verá cómo organiza esto —por subsidios o por impuestos, quién sabe—, allí no es papel de la Iglesia; pero la Iglesia, como voz pastoral, sí pide esa equidad, esa justicia para toda nuestra gente.

También se ha prometido la descentralización del poder municipal con respecto al Gobierno central<sup>15</sup>. Lo mismo la reorganización de los organismos estatales de promoción humana. Esperamos que estas promesas también se vayan cristalizando.

La comisión investigadora sobre los presos y desaparecidos políticos ya está integrada, y ayer fue su primer día de trabajo<sup>16</sup>. Ojalá, pues, las informaciones y todo lo que se necesita vaya siendo fruto de la colaboración de todos. Sería bueno tener en cuenta que lo que hay que descubrir, ante todo, son los responsables principales de esas capturas\*. Los que mandaron, los que permitieron, incluso los que se solazaban, como en un circo romano, en capturas, desaparecimientos, torturas, asesinatos ¡tienen que oír la voz de la justicia! Y me alegró mucho oír al mismo coronel Majano anunciar que estaban dispuestos hasta la misma extradición de los culpables<sup>17</sup>.

A los cuerpos de seguridad, les llamaría yo, con el sentido de justicia y de fraternidad para todos sus compaisanos, los sal-

<sup>15</sup> Cfr. Exposición del coronel Adolfo Arnoldo Majano, miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno, en Cadena Nacional de Radio y Televisión, el 8 de noviembre de 1979. Cfr. *El Diario de Hoy*, 10 de noviembre de 1979.

<sup>16</sup> La Comisión Especial Investigadora de los desaparecidos y presos políticos fue juramentada el 7 de noviembre de 1979, y estaba integrada por un representante de la Corte Suprema de Justicia, Luis Alonso Posada; el Fiscal General de la República, Roberto Suárez Suay; y el presidente de la Comisión de Derechos Humanos, Roberto Lara Velado. Cfr. *El Diario de Hoy*, 8 de noviembre de 1979.

<sup>17</sup> En realidad, estas declaraciones corresponden a la exposición de Guillermo Manuel Ungo, miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno, en Cadena Nacional de Radio y Televisión, el 8 de noviembre de 1979. Cfr. *El Diario de Hoy*, 10 de noviembre de 1979.

vadoreños, que descubramos la verdad de este episodio tan triste de nuestra historia. Que se estimule la información —lo hemos venido repitiendo—, de tal manera que, si alguien culpable denuncia un hecho, encuentre en esa nobleza de su propia acusación también un estímulo. Esto es de justicia también. También los que fueron capturados y torturados: que no solo se presten a levantar *show* o hacer manifestaciones demagógicas, sino que vayan al propio tribunal, donde pueden hacer declaraciones a conciencia y con base jurídica, para que también puedan ser luz de estas circunstancias.

Hablando siempre del saneamiento del Ejército, yo seguiría exigiendo, puesta mi confianza en la honestidad de la juventud militar que ha abierto este nuevo horizonte a la patria, que sepa mantener esa tónica. Y yo entiendo por purificación del Ejército no el castigo a las bases, sino —repito— el descubrimiento de los responsables de los actos de las bases, los cambios de ciertos mandos si es que no están a tono con los ideales de una transformación del país.

También, a este propósito, quisiera rogar a la comisión, confiando siempre en su trabajo honesto, que hagan lo posible de ir informando de aquellos casos más urgentes, como el que vengo denunciando ya tres semanas, el sacristán de Soyapango, que no se ha sabido más de él y creo que ya está en este periodo nuevo, en que la justicia tiene que brillar mejor que antes.

El Comité de Madres<sup>18</sup> ha iniciado una huelga de hambre en el despacho del subsecretario de Justicia, lo mismo el Comité Pro-libertad de Presos Políticos en las gradas del Palacio Nacional. Estas peticiones son justas, pero sería también de cuestionarse si son oportunas cuando ya existe un cauce, como es el tribunal que se ha creado y donde se pueden ventilar estas cosas sin demagogias. Sería muy triste que se estuviera utilizando el dolor de las madres y de los desaparecidos para finalidades políticas; sería un atropello al dolor si se trata de manipular una cosa tan santa como esta. Digo, pues, que si hay cauces legales está buena la presión; pero una presión que sea racional y que no sea un manipuleo de carácter indigno\*.

<sup>18</sup> Comité de Madres de Reos y Desaparecidos Políticos de El Salvador. Cfr. *La Prensa Gráfica*, 7 de noviembre de 1979.

Por su parte, la Iglesia, a través de su dependencia del Socorro Jurídico, está prestando todo su servicio. Hemos recibido una carta de la Comisión Especial Investigadora, en la cual le piden al Socorro Jurídico toda su colaboración y le ofrecen asimismo, también, todo el apoyo de la comisión a las labores del Socorro Jurídico, lo cual, pues, me agrada mucho: que, al fin, el Gobierno haga honor a un servicio que nuestra Iglesia ha prestado, precisamente, a los pobres y más necesitados.

Socorro Jurídico también está tramitando una serie de cartas que me han llegado, en que se denuncian, en este nuevo respiro en que ya se puede hablar un poco más, la situación de muchos que habían desaparecido y que, por miedo, no se habían denunciado. En Socorro Jurídico, que tiene una página en *Orientación*, están todos estos casos, y yo suplico que, si hay asuntos de esta clase, se entiendan con nuestro Socorro Jurídico, como es el caso del jovencito Humberto Antonio Lemus Molina, capturado el 4 de noviembre en Mejicanos, y el conflicto laboral de APEX, que ya lleva dos meses sin una solución razonable.

Ha habido también varios pronunciamientos, los cuales indican un despertar de conciencia en el sector profesional y otros sectores del pueblo: los ingenieros mecánicos eléctricos e industriales<sup>19</sup>, los odontólogos, los juristas de Oriente<sup>20</sup>, etcétera. Me quiero referir de manera especial al de los médicos<sup>21</sup>, aunque ya hice alusión a él, pero para apoyar nuevamente sus consideraciones, en que quieren una mejor salud del pueblo. Yo también les invitaría a que revisen todo el cumplimiento de su ética profesional, que cuiden la vida antes que quitarla en el servicio. Sobre todo, me alegro mucho cuando el señor ministro de Salud ha declarado que no se impondrá un sistema de anticonceptivos, sino que simplemente se dará información y se respetará la libertad de la mujer y de la familia<sup>22</sup>. Me parece que es un gesto muy cristiano y muy patriótico, ya que basta de lo

<sup>19</sup> Cfr. Comunicado de la Junta Directiva de la Asociación Salvadoreña de Ingenieros Mecánicos, Electricistas e Industriales, ASIMEI, *La Prensa Gráfica*, 7 de noviembre de 1979.

<sup>20</sup> Cfr. Comunicado conjunto de la Asociación de Abogados de Oriente y de la Sociedad de Odontólogos de Oriente, *El Diario de Hoy*, 9 de noviembre de 1979.

<sup>21</sup> Cfr. Comunicado del Colegio Médico de El Salvador, *El Diario de Hoy*, 3 de noviembre de 1979.

<sup>22</sup> Cfr. *El Diario de Hoy*, 5 de noviembre de 1979.

que dijimos en alguna ocasión, usando las palabras de un estudiante de medicina de la Universidad: “Se está castrando a nuestro pueblo”. Ojalá que los médicos y el Ministerio de Salud aseguren también este aspecto de la salud de nuestro pueblo. Por mi parte, como pastor, quiero decir también a los responsables de la procreación, hombres y mujeres, que tengamos en cuenta lo que el Papa ha dicho: “El autocontrol como virtud”; que ya es suficiente el espectáculo de tantos hijos sin padre y también el tremendo problema de nuestra densidad demográfica.

Refiriéndome a la proclama de Comisión de Derechos Humanos —y yo veo que salen muchas proclamas de derechos humanos—, pero hay una palabra que yo quisiera precisar. Dice que “estos planteamientos configuran un marco legítimo para el desarrollo de un proceso insurreccional, en el cual irrumpe la Fuerza Armada justificando la constitucionalidad de su acción, lo cual no agota el derecho que sigue vigente para el pueblo, dado que las condiciones que fundamentan el derecho de insurrección no han desaparecido”. Me parece que es muy peligrosa esta apreciación y yo no estoy de acuerdo con esto. El derecho de insurrección existe en el pueblo siempre que se han agotado todos los medios pacíficos de negociación y cuando el mal que se prevé no va a ser más grande que el mal que se trata de evitar. Existía, lo he dicho yo también, un derecho de insurrección y la Fuerza Armada lo usó legítimamente. Cuando la Fuerza Armada ha abierto un nuevo compás, en que cabe una negociación racional y pacífica, creo que el derecho de insurrección no existe hasta que se agote esta capacidad de dialogar\*. En esto, como mensajero de la paz y temeroso ante una tragedia sangrienta, me parece que es muy peligroso estar fomentando un derecho de insurrección, cuando no existe, prácticamente, porque ahora se abre al diálogo, se ofrecen las perspectivas que el pueblo necesita. Lo que yo llamaría es a una presión política, social, para que estas promesas se hagan realidad; pero de ninguna manera creo que sería legítimo, en este momento, una insurrección sangrienta.

Por último, quiero alegrarme con la liberación de los secuestrados: don Luis Escalante Arce<sup>23</sup> y los dos norteameri-

<sup>23</sup> Presidente del Banco Agrícola Comercial, secuestrado, el 6 de octubre de 1979, por las FPL y liberado el 4 de noviembre del mismo año. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 5 y 6 de noviembre de 1979.

canos, McDonald y Buchelli<sup>24</sup>; y, al mismo tiempo, lamentar que sigan en el cautiverio el señor Jaime Batlle y el señor Jaime Hill<sup>25</sup>. En nombre de estos derechos humanos, que hemos estado defendiendo, yo hago un llamamiento nuevo a los captores de estos dos hermanos nuestros para que les den pronto la libertad que tanto necesitan ellos y sus familiares.

Voy a terminar, queridos hermanos, haciendo una síntesis de toda mi perspectiva. Un obispo no es un político ni un politólogo, sino un pastor. He recibido ciertas cartas críticas y he recibido también juicios hasta irrespetuosos de algunas manifestaciones, como si yo tuviera una participación política en la coyuntura actual del país. Quiero decir que la perspectiva mía es pastoral y evangélica: anunciar el reino de Dios y aprobar todo lo que está en sintonía con él, y denunciar el pecado y lo que se opone al reino de Dios. En esta nueva coyuntura, el juicio mío sigue siendo pastoral: animar una esperanza que yo, sinceramente, entreevo; y ha sido mi trabajo siempre mantener la esperanza de mi pueblo. Si hay una chispita de esperanza, alimentarla es mi deber y creo que todo hombre de buena voluntad tiene que alimentarla\*.

Mi juicio no es político ni mucho menos oportunista. La Iglesia no vive de coyunturas, sino de la gran utopía, más allá. Por más perfecto que sea un sistema político, la Iglesia no se identifica con él. Siempre lo critica para que sea mejor y por eso la coyuntura actual no absorbe a la Iglesia. Cuando algunos han dicho que ya la Iglesia no tiene nada que decir, que ya traicionó al pueblo, la están calumniando los que no son capaces de poner nuevas perspectivas a nuevas coyunturas y quieren encajonar\* las opciones concretas en política. El pueblo debe ser el artífice de su propia sociedad. Ustedes tienen que darse la sociedad que ustedes quieren: democrática, socialista, comunista. Son ustedes, el pueblo. Por eso, lo que yo hago aquí es un reto a la creatividad política del pueblo, a las organizaciones: que sepan hablar lenguajes políticos, que sepan hacer presiones racionales, inte-

<sup>24</sup> Ejecutivos de la empresa ARSAL, secuestrados por el PRTC el 21 de septiembre de 1979 y liberados el 7 de noviembre de 1979. *Cfr. El Diario de Hoy*, 8 de noviembre de 1979.

<sup>25</sup> Empresarios salvadoreños, secuestrados el 13 de septiembre de 1979 y el 31 de octubre de 1979, respectivamente.

ligentes. Un lenguaje de la violencia provoca la represión, lo mismo que...\*. No es esta una hora de guerrilleros. Hoy la guerrilla y todo aquello que siembra violencia o clandestinidad está fuera de puesto, cuando se le está llamando al diálogo abierto. La Iglesia ha tenido un papel supletorio, ha sido voz de los que no tienen voz; pero, cuando ya pueden hablar, son ustedes los que tienen que hablar, la Iglesia calla\*.

Yo hago un llamamiento fervoroso a todos los que pueden colaborar en la educación política del pueblo, a la organización, no solo a las que existen: “Sean creativos, que haya otras cosas, otras voces, enriquezcamos entre todos el proceso liberador de nuestro pueblo”. No interesan las personas, sino el proceso de una liberación a nuestro pueblo. La Iglesia comprende los esfuerzos de la liberación inmanente de todos estos movimientos, pero está mucho más amplia; ella, desde su perspectiva de trascendencia, sabe dar al pueblo la medida justa de todos los esfuerzos.

Por eso, termino por donde iba nuestra homilía. Lo que verdaderamente hará libre a nuestro pueblo serán esas tres fuerzas cristianas: el espíritu de pobreza; cuanto más desprendidos seamos y menos idólatras de la tierra, seremos más libres para capacitarnos a las luchas de la libertad por nuestro pueblo; segundo, el sentido de Dios; nuestro pueblo es muy religioso y quienes le quieren dar una política atea, unas estrategias sin Dios y sin su ley, no están en tono con nuestro pueblo. Nuestro pueblo cree en Dios y cuanto más nos abramos al absoluto divino, seremos más capaces también de dar una respuesta a la tierra, como Cristo, que supo ser el gran libertador porque su corazón estaba muy hundido en su Dios; y, tercero, una gran esperanza en la muerte y en la resurrección de Cristo, en la cual recobran valor liberador todos nuestros dolores, enfermedades, sufrimientos, la misma muerte. Morir en Cristo, vivir en Cristo es el secreto del verdadero liberador. Así sea\*.